

La tecnología y el pensamiento del siglo xx

[Publicado en Revista de libros, 112, IV-2006, p. 31.]

Carl Mitcham y Robert Mackey, Ed., *Filosofía y tecnología*.
Edición española de Ignacio Quintanilla Navarro, Encuentro, Madrid 2004.
ISBN: 84-7490-731-4, 527 páginas, 35,58 €

Ignacio Quintanilla ha llevado a cabo la edición española de un texto que constituye una excelente introducción a algunos de los problemas, ya clásicos, con que los filósofos se encuentran al ocuparse con la tecnología, una compleja e impetuosa realidad que ciertamente se suele desarrollar sin prestar excesiva atención a las objeciones que aquellos plantean. Quintanilla ha respetado básicamente el formato original de la colección de ensayos, aunque ha desestimado alguno, entre otros el de Ortega que habría equilibrado algo más la selección, y ha añadido, muy oportunamente, un breve ensayo de Javier Echeverría sobre el impacto que han de tener en la filosofía de la tecnología los últimos avances en las tecnologías de las comunicaciones; además, Quintanilla ha antepuesto a la antología un interesante estudio preliminar que sustituye al meramente introductorio de Carl Mitcham y Robert Mackey con el que se abre la edición original y ha añadido una pertinente bibliografía española al final de la obra. Se trata de una edición muy cuidada, de excelentes traducciones, en la que lo único que se echa de menos es una mínima explicación sobre los autores, puesto que algunos de ellos distan, hoy y aquí, de ser bien conocidos por los posibles lectores del libro.

Los artículos se organizan en cuatro grandes apartados, un primero de “cuestiones conceptuales” (I. C. Jarvie, M. Bunge, L. Mumford y J. Ellul), un segundo capítulo dedicado a los temas éticos y políticos (E. G. Mesthene, C. S. Lewis, C. B. Macpherson, Y. R. Simon y G. Grant), una tercera parte de temática religiosa (N. Berdiaev, E. Gill, W. Norris Clarke y Linn White Jr.) y, finalmente, un cuarto capítulo dedicado a los planteamientos antropológicos y metafísicos (E. Jünger, F. Dessauer, H. Jonas y Webster F. Hood). Se trata, pues, de una verdadera compilación de clásicos de la materia a la que se le nota, tal vez, una cierta inactualidad, lo que no siempre es malo, pues la edición americana es de 1972, un momento en el que apenas se había iniciado, y desde luego no era objeto de mayor atención

intelectual, la más presente y turbadora de las revoluciones tecnológicas contemporáneas, la era digital.

El descubrimiento de la importancia de la tecnología para el pensamiento contemporáneo no es, en cualquier caso, una conquista reciente. Quintanilla recuerda muy oportunamente el diagnóstico de Whitehead, en 1925, conforme al cual la técnica estaba llamada a ser el tema capital de la filosofía en el siglo XX. Como es evidente, esa profecía, no se ha cumplido o se ha cumplido de una manera un tanto paradójica. En la misma medida en que la filosofía se ha hecho posmoderna se ha desentendido de la tarea implícita en el vaticinio de Whitehead, a no ser que se considere que la posmodernidad es, precisamente, una especie de consecuencia cultural del predominio real de la tecnología en la marcha de las cosas de las que se supone que se ha de hacer cargo el pensador responsable.

No es posible hacer un comentario general sobre las muy variadas tesis que se desarrollan en los textos porque sería necesario mucho más espacio del que otorga una reseña. Es claro, sin embargo, que su lectura contribuirá a deshacer alguno de los numerosos equívocos que se ciernen sobre la técnica en general y muy particularmente sobre la tecnología (entendida aquí como la técnica que surge del aprovechamiento que la revolución industrial hizo de la ciencia natural moderna): así, comprender que tecnología es algo más y algo distinto que ciencia aplicada, no confundir a la tecnología con las máquinas, valorar el contenido de *revelación*, y sus riesgos propios, que está implícito en la tecnología, o comprender que, aunque la tecnología es algo que el hombre hace, su comprensión no puede reducirse a lo que nos sugiere el esquema de los fines y los medios.

Pese a la diversidad de enfoques, la impresión dominante para el lector será, seguramente, que los pensadores tienden a considerar a la tecnología como a algo digno de las peores sospechas, aunque también se pueda decir que someter a crítica a la tecnología nos lleva inevitablemente a romper el cerco de propaganda y de beatería con la que la tecnología se administra (se compra y se vende) en las sociedades en que ha triunfado el capitalismo liberal o, como en China, en las que el Estado ha decidido que es buena cosa para entretener al respetable. Abundan en el texto las condenas y las advertencias negativas sobre los valores implícitos en el desarrollo tecnológico y sobre los riesgos que la humanidad corre con él y esas advertencias, varían en su tono desde la reconvención sensata, como la de Linn White Jr. a propósito de las relaciones entre la conciencia

ecológica y el desarrollo tecnológico, hasta el tono casi apocalíptico de un Jacques Ellul o de Eric Gill, por ejemplo. Se ve que es muy difícil, para cualquier pensador, desembarazarse del dualismo implícito en la obvia contraposición entre nuestro progreso tecnológico y nuestro nivel ético.

Hay varias lecturas que insisten en el dominio como esencia de lo técnico, en su condición de fuente de poder y de instrumento político, aunque se echa de menos alguna reflexión más específica sobre las relaciones entre economía y tecnología. Es evidente, en cualquier caso, que la reflexión sobre la tecnología pone en cuestión siempre la naturaleza de las relaciones de poder porque, como dice C. S. Lewis, “lo que llamamos el poder del Hombre sobre la Naturaleza se revela como un poder ejercido por algunos hombres sobre otros con la Naturaleza como instrumento”. De las relaciones entre democracia y tecnología se ocupa el escrito de C. B. Macpherson que se apoya en su crítica del “concepto de mercado de la esencia del hombre” para terminar por presentar una imagen poco tranquilizadora de cómo van las cosas en nuestras democracias.

El texto de Ernst Jünger abre paso a la consideración metafísica de la técnica al verla como “el símbolo de un poder perteneciente a un orden superior”, y esa es la tarea que se desarrolla con mayor sistematismo y acierto en el texto de Friedrich Dessauer en el que se halla una valoración extraordinariamente positiva de la técnica como “la mayor vivencia terrena de un mortal”, puesto que la técnica enseña a la humanidad como una “realidad de otro género” penetra en el mundo de la investigación para elevarlo y perfeccionarlo sin alterar las leyes naturales. Se trata de una visión realista de la metafísica de la técnica, muy cercana a la orteguiana, a esa doble idea de que los cuerpos han solido servir como gendarmes del espíritu y de que el enfrentamiento con la categoría de posibilidad nos hace ver lo real de manera más profunda que ninguna otra.

El libro concluye con un capítulo original de Javier Echeverría en el que se llama la atención sobre lo profundamente que ha de afectar a nuestra idea de lo que es la técnica la existencia de una poderosa tecnología de base no fisicalista, en la que los objetos físicos no juegan el papel determinante que han jugado en las tecnologías de base mecánica sobre las que, inevitablemente, han meditado todos los autores de este libro. Es seguro que muchas de sus ideas se pueden mantener en pie y algunos, sin duda, las acentuarán a la vista de lo que está pasando con las tecnologías digitales, pero, en cualquier caso, el paradigma de lo que se entiende genéricamente

por tecnología se ha modificado muy fuertemente en las décadas pasadas desde la edición original del libro, de manera que muchas de las ideas que forman la concepción heredada de la tecnología, tan bien representada en estas lecturas, habrá de ser puesta en cuarentena.

La lectura de las más de quinientas páginas de este libro se hace con placer aunque se requiere un esfuerzo intelectual sostenido para considerar en todo su espesor las objeciones que los autores ponen en pie frente a una imagen pública que, formada, al menos en apariencia, más o menos espontáneamente, puede resultar excesivamente complaciente respecto del significado y las repercusiones de la tecnología. Se trata de un esfuerzo que merece la pena porque el libro nos proporciona la oportunidad de realizar un ejercicio sin el que es imposible hacerse hoy una idea adecuada de lo que somos como seres humanos.

José Luis González Quirós
Instituto de Filosofía, CSIC
jlgq@ifs.csic.es